

La cara norte del corazón

Dolores
Redondo

DESTINO

La cara norte
del corazón

Dolores
Redondo

Ediciones Destino

Aunque inspirada en parte en sucesos históricos, esta novela contiene personajes, lugares y circunstancias ficticias.

© Dolores Redondo Meira, 2019
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5635-5
Depósito legal: B. 19.434-2019
Impreso por Unigraf

Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Prólogo

Elizondo

Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. Era de madrugada cuando la encontraron a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Desvanecida bajo la intensa lluvia, la ropa ennegrecida y chamuscada como la de una bruja medieval rescatada de una hoguera y, en contraste, la piel blanca, limpia y helada como si acabase de surgir del hielo.

Amaia siempre mantuvo que apenas recordaba nada de todo aquello. Una vez que hubo abandonado el sendero, el clip en su memoria duraba solo unos segundos de imágenes repetidas una y otra vez. La vertiginosa velocidad de sus recuerdos le provocaba la sensación de un praxinoscopio de Reynaud, en el que la sucesiva repetición de estampas en movimiento terminaba por originar el efecto de absoluta inmovilidad. A veces se preguntaba si había caminado por el bosque, o quizá se había limitado a sentarse allí y a permanecer inmóvil mirando el mismo árbol durante tanto tiempo que su cerebro cayó en una especie de hipnosis, hasta grabar para siempre en su mente su silueta primitiva y maternal. Fue una mañana de domingo como otra cualquiera, en la que salió a caminar junto a su perro, Ipar, con el grupo de senderistas de Aranza al que se había unido la primavera anterior. Le gustaba el

bosque, pero había accedido, sobre todo, por satisfacer a la tía Engrasi, que desde hacía meses le insistía en que tenía que salir más. Ambas sabían que no podía hacerlo por el pueblo. El último año sus itinerarios se habían ido restringiendo hasta limitarse a ir y volver de la escuela y a acompañar a la tía a la iglesia los domingos. El resto del tiempo permanecía en casa, sentada frente al fuego, leyendo o haciendo sus deberes, ayudando a la tía en la limpieza o cocinando con ella. Cualquier excusa era buena para no traspasar el umbral de la puerta. Cualquier justificación servía para no tener que enfrentarse a lo que sucedía en el pueblo.

Siempre contó que solo recordaba haber estado mirando un árbol, que no se acordaba de nada más..., aunque no era del todo cierto. En su memoria persistía el árbol, pero también la tormenta... y la casa en medio del bosque.

Cuando recobró la consciencia vio a su padre junto a la cama del hospital. El rostro pálido, el cabello mojado por la lluvia pegado a la frente. La línea roja que circundaba los párpados irritados por el llanto. Al verla abrir los ojos se inclinó protector, el rostro crispado de preocupación, pero con un incipiente alivio. Su gesto le provocó una inmensa ternura que amenazó con ahogarla de emoción. Ella lo amó, como lo había amado siempre. Iba a decírselo, pero entonces sintió el leve roce de sus labios cálidos susurrándole al oído:

—Amaia, no se lo cuentes a nadie. Si me quieres, lo harás por mí. No lo cuentes.

Todo el amor que sentía, que había sentido siempre por él, le aprisionó el pecho hasta dolerle. Las palabras destinadas a decirle cuánto lo quería se le murieron dentro y se quedaron como un doloroso recuerdo, adheridas a sus cuerdas vocales. Incapaz de emitir un solo sonido, asintió, y su silencio se convirtió en el último secreto que le guardaría a su padre y en la razón por la que dejó de amarlo.

PRIMERA PARTE

El compositor piensa todo el tiempo en su obra
inacabada.

STRAVINSKI

Los muertos hacen lo que pueden.

ENGRASI SALAZAR

I

Albert y Martin

Brooksville, Oklahoma

Albert

Albert tenía once años y no era mal chico, pero el día de los asesinatos desobedeció a sus padres. No lo hizo porque le gustase contrariarlos, fue simplemente porque pensó que, como en los anteriores avisos, al final no pasaría nada. La previsión meteorológica llevaba horas advirtiéndolo de la formación de una gran tormenta, vientos cálidos y fríos que, al colisionar allá arriba, descenderían hasta tocar tierra en forma de tornados. Pero lo cierto era que estaban en constante alerta desde que había comenzado la primavera. Su madre mantenía el televisor de la cocina a todo volumen a pesar de que el informativo era un bucle que volvían a emitir en cuanto terminaba, y pobre de ti si se te ocurría bajar el volumen o cambiar el canal. Sus padres se tomaban muy en serio el tema de los tornados, y Albert no entendía por qué. Al fin y al cabo su casa nunca se había visto afectada por uno. Así que cuando por la mañana les dijo que había quedado con Tim, el chico de los Jones, para jugar en su casa, se negaron en redondo a dejarle salir. La granja de los Jones ya había sido devastada por una tormenta tres años atrás, y no había razón para creer que algo así no pudiera repetirse. El tema estaba zanjado.

Permanecerían todos en la casa y bajarían al refugio en cuanto sonasen las alarmas.

Albert no protestó. Dejó su taza en el fregadero después de desayunar y se escabulló por la puerta de atrás. Llevaba recorrido la mitad del camino que separaba su casa de la granja de los Jones cuando comenzó a darse cuenta de que algo raro pasaba. Las nubes que habían cubierto el cielo a primera hora de la mañana se desplazaban a toda velocidad; el sol se colaba entre ellas proyectando sobre la tierra siluetas de luz y sombra. Nada se movía a ras de suelo, la quietud colmaba los campos, la maquinaria permanecía en los graneros, los pájaros habían enmudecido. Prestó atención y solo oyó a un perro aullando a lo lejos, ¿o quizá no era un perro? Divisaba la granja de los Jones cuando llegaron las primeras rachas de viento. Asustado echó a correr, subió las escaleras del porche y aporreó la puerta con todas sus fuerzas. Nadie respondió. Rodeó la casa hasta la puerta de atrás, que siempre dejaban abierta, pero hoy no. Haciendo pantalla con las manos en el cristal oteó el interior de la cocina. No había nadie. Entonces lo oyó. Retrocedió dos pasos y se asomó por el lateral de la casa. El tornado bramaba avanzando por la pradera desierta como una siniestra porción de oscuridad, envuelta en una capa de polvo, niebla y destrucción. Albert se quedó inmóvil admirándolo durante un instante, hipnotizado por su poderosa venida hacia la granja y asombrado por su magnética potencia, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de puro pánico y de arena en suspensión. Miró alrededor buscando un lugar al que huir, donde guarecerse.

Los Jones tenían un refugio, quizá en la parte delantera de la granja..., pero no estaba seguro, y era tarde para regresar hasta allí. Corrió hacia el gallinero, se volvió una vez para ver avanzar al monstruo y siguió corriendo hacia la pequeña construcción mientras rogaba que no hubieran cerrado la puerta. Manoteó el burdo cerrojo, que era poco más que una tablilla que oscilaba sobre un clavo

y se trababa en un rebaje del dintel. Cerró por dentro. Durante un instante quedó en la más absoluta oscuridad mientras sus ojos lograban acostumbrarse a la escasa luz que se colaba por las rendijas, jadeando, casi ahogado por la carrera y el sofocante olor a plumas y mierda de gallina. Palpó en su bolsillo buscando el inhalador mientras mentalmente lo veía en la mesa junto al televisor. Obligándose a contener el llanto escuchó a la bestia que rugía fuera. ¿Había descendido su clamor? ¿Tal vez se estaba alejando? Se arrojó al suelo sin reparar en las heces blandas y templadas que traspasaron la tela de su pantalón, y escudriñó entre los respiraderos de las tablas. Si el tornado había cambiado de dirección por un momento, lo había hecho para volver con más fuerza. Lo vio acercarse por la pradera como una criatura viva compuesta de todo lo que había ido arrastrando a su paso. Se volvió hacia el interior y solo entonces, con los ojos ya acostumbrados a la penumbra, vio a los animales. Las gallinas se habían amontonado, incluso unas sobre otras, formando un córner silencioso y compacto en uno de los rincones del gallinero. Sabían que iban a morir, y en ese instante él lo supo también. Temblando de pies a cabeza se arrastró hacia las aves y, encogiéndose cuanto pudo, se sepultó entre ellas solo un instante, antes de que el tornado alcanzase la granja. El silencioso sometimiento con el que las aves habían aceptado su destino estalló en un quejido de cacareos largos y profundos que se asemejaban a gritos humanos de puro pánico. Albert también gritó llamando a su madre, sintiendo el aire que escapaba de sus pulmones y visualizando los pequeños alveolos que el médico le había mostrado en un esquema, plegados sobre sí mismos, incapaces de albergar oxígeno. Aun así gritó, vaciándose por entero, centrándose en escuchar aquel chillido que le pareció de un niño muy pequeño. Supo que era el fin cuando un instante después ya no pudo oírse, pues el rugir de la bestia que estaba fuera lo ocupaba todo. Lo último que sintió antes de que el gallinero se desmo-

ronase sobre él fue el calor de la orina que se derramaba entre sus piernas.

Martin

El sol brillaba en lo alto de un cielo límpido y azul, ni una sola nube empañaba su perfección, casi como una burla posapocalíptica. Martin se detuvo al sentir una gota de sudor que le resbalaba por la cabeza entre el cabello corto y bien peinado. Se pasó una mano nerviosa y comprobó, preocupado, que el cuello de la camisa comenzaba a humedecerse. Con la puntera de su lustrado zapato apartó astillas y cascotes hasta hacer un hueco en el que colocar su maletín. Sacó del bolsillo un pañuelo de hilo blanco y se secó la nuca. Lo dobló y lo guardó de nuevo mientras repasaba su aspecto. El pantalón bien planchado, los zapatos impecables. La sobria americana de suave mezclilla, sin embargo, había sido un error. Debía elegir una chaqueta más ligera previendo el calor tras el paso del tornado. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era devastación, a excepción del pequeño granero rojo junto a las escaleras que descendían hacia el refugio donde se había guarecido la familia Jones. Tomó de nuevo su maletín y caminó hacia allí. Los dos portones abiertos de par en par y una fuerte cadena que aún colgaba de los asideros interiores delataban la prisa con la que había sido abandonado. Se detuvo un instante y aspiró el olor que emanaba de la oscura tierra del sótano; olía a hongos y turba y, levemente, a orina. Sintió cómo se le aceleraba el corazón. No había nadie allí. Martin caminó hacia la granja, o lo que quedaba de ella.

Albert

Albert despertó. Antes de abrir los ojos ya advirtió que no podía moverse, sentía una enorme presión sobre su

pecho. A lo lejos oyó las voces de la familia Jones y comenzó a llamarlos a gritos. Sus pulmones comprimidos por el peso apenas soportaron tres exhalaciones antes de desmayarse.

Despertó de nuevo a la luz hiriente y cegadora. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero en esta ocasión se propuso no ponerse histérico hasta perder el sentido como la primera vez. Recapituló sobre su situación: no podía moverse. Un tablero, seguramente del tejado del corral, lo cubría por completo, pero calculó que encima debía de haber algo más, algo muy pesado. Con la mano izquierda llegaba a palpar el borde de la tabla, que no era muy ancha, así que probablemente sobre el tablero hubiera caído una de las gruesas vigas que habían sostenido el gallinero. Jadeó respirando por la boca. La frente le ardía en el lugar donde las astillas de madera le habían arrancado la piel, y notaba la nariz obstruida de mocos y sangre, que le impedían percibir el sofocante hedor de las aves. El armazón le comprimía el pecho y seguramente le había roto el pie izquierdo. Aun inmóvil, lo notaba aprisionado y lacerante como añicos de cristal. Junto a la mano derecha advertía el cadáver templado de un ave. Comenzó a llorar, pero sabía que no debía dejarse arrastrar por el pavor, y se esforzó en recordar cómo debía calmarse para controlar sus ataques de asma. Respiró profunda y fatigosamente por la boca con inhalaciones que eran todo lo intensas que el pesado tablero sobre su pecho le permitía. «Muy bien, Albert, lo haces muy bien, cariño», oyó la voz de su madre, que solía ayudarle durante los ataques. Al pensar en ella le volvieron a dar ganas de llorar, notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y se sintió tonto y pequeño. Reconviéndose a sí mismo, imprimió a su cuerpo una involuntaria sacudida, que se extendió hasta su pie destrozado, lo que le hizo jadear de dolor y echar a perder el frágil control que había logrado sobre su respiración. Así que en los siguientes minutos se dedicó a contar mentalmente las inhalaciones y

exhalaciones, manteniendo a su madre alejada de sus pensamientos, hasta que consiguió serenarse un poco. Volvió entonces la cabeza sobre su hombro derecho, arañándose de nuevo la frente, para intentar ver algo a través de la abertura que habían dejado las tablas al caer.

Él era un chico de campo, y aunque desde su posición no podía divisar el cielo, supo por el grado de luz que era poco más de mediodía y que el tornado había barrido cualquier rastro de las nubes que lo cubrían por la mañana. Pensó también que era una suerte que el señor Jones hubiera cortado la hierba dos días atrás, si no, no habría podido ver desde el suelo al hombre que venía caminando por la pradera. Supo de inmediato que no era el señor Jones. Una insignia brillaba sobre su pecho y llevaba un maletín. Albert respiró profundo llenando sus pulmones tanto como pudo y gritó, aunque de su boca brotó tan solo un gruñido ronco y asfixiado. El hombre desvió un instante la mirada hacia los restos del corral. Albert estuvo seguro de que iría hacia él, pero entonces la gallina que había tomado por muerta junto a su mano derecha se movió hacia la hendidura abierta entre las tablas y salió a la pradera. El hombre desvió la mirada y caminó de nuevo hacia la granja. Albert rompió a llorar sin importarle ahogarse por ello; al fin y al cabo, estaba seguro, iba a morir.

Martin

Mientras se acercaba distinguió los lamentos quedos de la desolación. Los había escuchado docenas de veces. Poco importaban las palabras. Todos los supervivientes a una tragedia, sin excepción, hablaban igual. La voz estrangulada en la garganta intentaba transmitir un ánimo patético y esperanzado que nacía degollado, desangrándose y perdiendo sus exiguas fuerzas mientras sus propietarios revolvían los escombros en busca de algo, lo que

fuera, a lo que aferrarse, que les devolviese un poco de esperanza con la que alimentar la supuesta suerte de haber sobrevivido.

Una chica de unos dieciséis años iba recuperando de entre los escombros coloridos fulares que sacudía como cintas de gimnasta, trazando en el aire un rastro polvoriento antes de colgárselos al cuello. Fue la primera en verlo. Alertó a la familia mientras lo señalaba con largos dedos de uñas cortas pintadas de negro. Lo contemplaron a través del hueco de lo que había sido una ventana; la pradera aparecía sembrada de astillas y el hombre avanzaba por ella en dirección a la granja. Martin los observó satisfecho. Había dos chicos más: otro adolescente, más o menos de la misma edad, y un chico que no llegaría a los doce años. El mayor llevaba una camiseta de un grupo de rock y el pequeño tenía el pelo demasiado largo para un chico. El señor Jones no le defraudó. Lloriqueaba sentado en los escalones de lo que quedaba del porche. Martin observó que había abandonado en un peldaño, a su lado, una botella de agua, unas barritas de chocolate y una pistola. Con las manos se sostenía la cabeza en un gesto de absoluta impotencia mientras su anciana madre, sentada a su vera, lo consolaba meciéndolo como a un niño pequeño. De pie, alejada unos pasos de ellos, una mujer de unos cuarenta y cinco años le miró inquisitiva y descarada. La joven señora Jones, supuso. Delgada y guapa, llevaba el cabello teñido de un color rojizo y artificial que no la favorecía y sostenía entre los brazos uno de esos perritos pequeños y estúpidos, que no dejaba de gañir. Martin comprobó una vez más que su identificación fuese bien visible sobre su pecho. Todo el grupo pareció animado al verle, soltaron lo que tenían en las manos y, por instinto, se dirigieron hacia la que había sido la puerta de la casa, aunque gran parte de la pared de ese lado había desaparecido. La señora Jones fue la primera en reaccionar. Sin soltar al perrito, se colocó la blusa sobre el escote y se atusó levemente el pelo, antes de comenzar a descen-

der las escaleras para recibir a Martin con su mejor sonrisa. Él también sonrió odiándola con toda su alma por ser capaz de tanto mal, de tanta corrupción, de tanto horror, de enfurecer al mismísimo Dios. Extendió su mano y, antes de tocar la de ella, ya había decidido que, aunque lo suyo habría sido comenzar por la vieja, esta vez ella sería la primera a quien mataría.

Albert

Albert escuchó los gritos y los disparos. Abrió mucho los ojos y dejó de llorar. Quizá, después de todo, aquel era su día de suerte.